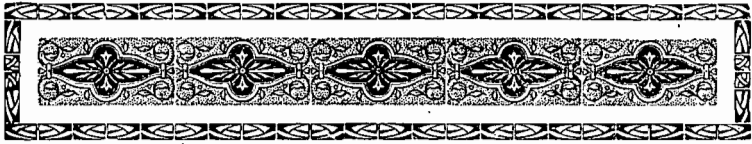




RETRATO AUTÉNTICO DE DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



EL RETRATO AUTENTICO DE MIGUEL DE CERVANTES

POR

E. NERCASSEAU Y MORAN .

Miguel de Cervantes Saavedra murió en 1616, pero su vida no vino a escribirse sino a mediados del siglo XVIII. Quien se encargó de esta tarea fué el erudito bibliotecario del Rey, don Gregorio Mayans y Siscar, a solicitud y por empeño del noble inglés Lord Carteret.

A pesar de la diligencia puesta al servicio de su trabajo, y de ser Mayans uno de los más preparados para lograr buen éxito, su biografía resultó una biografía de conjeturas.

Creyó que su héroe había nacido en Madrid, y en 1549, porque no se conocían en esa época los documentos que nos son familiares ahora.

No debe estimarse peregrina esta ignorancia en que la Historia de la Literatura estuvo por siglos acerca de la vida del que puede llamarse con verdad fundador de la lengua castellana. Hoy mismo hay muchas lagunas por llenar en esa biografía.

dan continuo mucha erudición y doctrina". Entonces estaba allí Cervantes, ya conocido por su *Galatea*, sus comedias y otras composiciones; y entonces comenzaba a darse a conocer por sus pinturas y poesías Francisco Pacheco cuya casa y oficina, según Rodrigo Caro (*Cl. Var. de Sev. m. s.*) era frecuentada de los hombres más doctos que residían en aquella ciudad. El mismo Pacheco dice (*Arte de la Pint.*, L. III, c. 8) que había hecho de lápiz negro y rojo más de ciento setenta retratos, entre ellos hasta ciento de hombres *eminentes en todas facultades*, y algunos de mujeres; y que pasaban de ciento y cincuenta los que había pintado de colores; habiéndole sucedido retratar sólo por relación a alguno para no privarle en su libro de tan honroso lugar. Comprueba esto Caro diciendo que Pacheco pintó las imágenes de varones ilustres que había conocido y alcanzó con su larga edad, poniendo a cada uno un elogio, y que de todas hizo un volumen que remitió al Conde-Duque de Olivares.

"Infiérese de aquí que se equivocó Ortiz de Zúñiga (*Ant.*, L. XV) suponiendo que el libro sólo contenía *personas notables de Sevilla*, y que se perdió con la muerte de su autor, dividiéndose en varios aficionados, pues esto pudo suceder con los borradores u otras copias que conservase. Prueba de que la idea de Pacheco no fué limitada a sus paisanos, es lo que dice Baltasar Elisio de Medinilla en una advertencia a la *Jerusalén* de Lope de Vega impresa en 1609: "Habiendo llegado a mis manos este elogio, sacado del libro de retratos que hace Francisco Pacheco en Sevilla de los hombres de nuestra edad insignes, quise comunicarle a los aficionados a los escritos de Lope". *Es pues muy regular que Pacheco retratase también a Cervantes que residía en Sevilla*, para no privarle del honroso lugar que merecía en su libro, pues que su conato se extendía a retratar por relaciones ajenas a los que por ausentes no podía copiar al natural. Así lo creyó la Academia Española en su prólogo a la edición del *Quijote* en 1780, y así lo aseguran otros escritores.

"Si el libro de Pacheco se hubiera conservado con los elo-

gios y resúmenes de las vidas de las personas retratadas, muchas dudas se hubieran evitado tal vez sobre el retrato y los sucesos de Cervantes. En el caso de haberse dividido por muerte de su autor, no hubiera sido extraño que, siendo Sevilla tan concurrida siempre de extranjeros, adquiriesen éstos algunos, y entre ellos el de Cervantes, que se estampó en la edición de Londres de 1738, aunque allí se dice que era sacado por él mismo, esto es por la relación que hace de su fisonomía y de su persona, añadiendo el Dr. Olfeld en las advertencias a dicha edición *que por más solicitud que se puso, no se halló retrato alguno de Miguel de Cervantes.*

«También le retrató, según él mismo asegura en el prólogo de las Novelas, don Juan de Jáuregui, gran pintor y poeta sevillano. Ignorándose el paradero de ambos retratos, y juzgando por arbitrario y caprichoso el de la edición de Londres, practicó la Academia las diligencias más exquisitas para descubrirlos; pero todas en vano, hasta que, sabiendo que existía uno en Sevilla en poder del Conde del Aguila, se le pidió para sacar una copia, y este caballero tuvo la generosidad de regalárselo.

«Viendo la mucha conformidad y semejanza entre él y la estampa de Londres, se preguntó al Conde sobre las circunstancias de su adquisición, y contestó que le había comprado en Madrid años ha a un negociante de pinturas, que se la vendió por de Alonso del Arco: que el retrato manifestaba con evidencia no ser hecho por la estampa; y que los editores a Londres, que habían solicitado con mucho empeño uno de Cervantes, pudieron tal vez adquirir en Madrid copia de éste. En tal perplejidad, dispuso la Academia que lo examinasen los directores de pintura de la de San Fernando, D. Antonio González y D. Andres de la Calleja; y en su informe, dado en 10 de Marzo de 1777, dijeron que era mucho más antiguo que la estampa, pues que por la vejez del lienzo, y por el rancio de los colores se conocía no ser del siglo XVIII; que el estilo era de las escuelas de Vincencio Carducho y Eugenio Cajés, que florecieron en tiempo de Felipe IV:

Excelentísimo señor don Alejandro Pidal, Presidente de aquel docto Cuerpo, vigilante del idioma castellano, dió cuenta, en la Asociación de la Prensa de Madrid, del descubrimiento del retrato auténtico de Cervantes.

«Un día—dice—cuando ya nadie soñaba, no digo ya con encontrar, sino con buscar siquiera el retrato perdido del gran Cervantes, un artista español, un orfebre, casi un artístico artesano, como quien dice un obrero, se le ocurre limpiar una tabla española, en que se adivinan, más que se ven, los rasgos característicos del retrato de un hidalgo español. Aquella tabla, confundida y como perdida entre un sin fin de cuadros y de retratos antiguos, hacinados, más que colgados, en la numerosa y abigarrada colección de un extravagante aficionado a vejezes, que en su monomanía adquisitiva de coleccionista insaciable recogía a bulto y montón todo cuanto tropezaba en sus viajes a pie por todo el Reino, y principalmente por Sevilla, había estado a punto de perecer, y como condenado a morir al fuego lento de una estufa para ahuyentar el frío de un taller. La salvó la casualidad, que es como llamamos a la Providencia cuando se presenta de incógnito. El pintor orfebre que la tenía quiso ver claro el rostro del personaje, y el alcohol y el aguarrás cayeron sobre el rancio y amarillento barniz, y sobre la espesa capa de la envejecida porquería, que velaban casi por completo el retrato, y pronto a los ojos del operador apareció distinto el noble rostro que aquí véis, y los dos fulgurantes letreros que estáis leyendo. El artista, víctima inocente, como casi todos, de la mentira oficial, no cayó en la cuenta de la importancia del descubrimiento. Para él, Cervantes era el del retrato oficial, el del retrato convencional, el del retrato corriente; y, por lo tanto, la tabla no podía ser otra cosa que una variante vulgar, poco afortunada tal vez, que no merecía los honores de la ostentación, ni siquiera los del inquirimiento. Pero, al fin, estaba firmada por *Jáuregui*, y aunque a sus oídos de artista no había llegado nunca a sonar ese nombre como apellido de pintor, y la muestra no le parecía un pro-

digio, le picó la curiosidad, y se propuso indagar quién era el firmante desconocido.»

Después de referir el señor Pidal cómo el artista se puso en relación con el señor Sentenach, y cómo éste, á su vez, habló del providencial hallazgo con el señor Rodríguez Marín, quien apresuróse á dar cuenta de lo que ocurría á la Academia Española, explicó el ilustre conferencista las gestiones por él realizadas para conseguir que el señor Albiol, dueño del retrato, consintiese en vender la preciosa tabla á aquella docta Corporación. La entrevista con dicho señor celebrada a tal objeto, se efectuó en Madrid en el taller de la fototipia de Hanser, y en ella el señor Pidal, procediendo con toda lealtad, ensalzó el valor del descubrimiento, manifestó el interés que sentía por que el retrato fuese de la Academia, y su temor de que pudiera ir al extranjero, y terminó ofreciendo al señor Albiol una cantidad importante por aquella pintura.

A pesar de todas estas manifestaciones, que hubieran excitado la codicia de muchos, el señor Albiol, dando pruebas de un patriotismo y de un desprendimiento de que hay muy pocos ejemplos, se negó á recibir precio alguno, y regaló á la Academia aquel retrato, que, como dijo con razón el señor Pidal, *hubiera valido una fortuna en una sala de ventas, pujado por un millonario de Nueva York.*

Pasó después á ocuparse el señor Pidal en la autenticidad del retrato, que estimó plenamente probada, no sólo por signos, caracteres y detalles de la pintura, que ha sido reconocida por los más afamados artistas, tanto arqueológicos como técnicos, en las artes de la Pintura, sino además, y de modo concluyente, por el hecho de que las falsificaciones de obras como la de que se trata, únicamente pueden tener por objeto realizar ganancias considerables con su venta; y el retrato de Cervantes ha sido cedido gratuitamente a la Academia por su propietario; sin haber hecho antes éste gestión alguna para darle más ventajosa salida.

De este retrato auténtico y único de Miguel de Cervantes Saavedra es del que el infrascrito ha tenido a honra enviar un ejemplar al señor Rector de la Universidad de Chile.

Santiago, 25 de Febrero de 1913.

